

situación en que nos encontrábamos, si no nos lo hubiera impuesto un deber; mañana volvemos á Londres; vuestro secreto está en seguridad por parte nuestra.

Habiendo protestado así contra lo que había pasado por la mañana, Mr. Pickwick hizo un saludo á las damas, y á pesar del empeño de la familia, salió de la habitación con sus amigos.

—Toma tu sombrero, Sam, — dijo el criado.

—Está abajo, señor, — replicó Sam.

Y corrió á la cocina; pero el sombrero se había perdido y Sam tuvo que buscarlo, hasta que María, que estaba sola allí, vino en su ayuda; después, mirando por todos lados, la linda doncella en su ansiedad por encontrar el sombrero perdido, se puso de rodillas y transtornó todos los objetos que había en el rincón de la puerta; era un pequeño rincón muy incómodo, no se podía llegar á él sin cerrar la puerta.

—Aquí está, — dijo la doncella; — ¿es este?

—Veamos, — dijo Sam.

María había puesto la luz sobre la mesa, y como alumbraba poco, Sam tuvo que ponerse también de rodillas para ver si era realmente su sombrero; el rincón era muy pequeño, y así, sin ser culpa de nadie más que del arquitecto que hizo la casa, sucedió que Sam y la doncella se encontraron muy cerca uno de otro.

—Sí es, — dijo Sam; — adiós.

—Adiós, — repitió la doncella.

—Adiós, — repitió Sam; y al decir esto dejó caer el sombrero que con tanto trabajo había encontrado.

—¡Qué torpe sois! — dijo María; — le vais á perder otra vez si no tenéis cuidado.

Y para que no se volviera á perder, se lo puso.

El rostro de la joven parecía más bello aún con el sombrero; así es que Sam, sea por esta causa, ó por una simple consecuencia de su justa posición, la besó.

—¡Sospecho que no lo habéis hecho expresamente! — exclamó ella ruborizándose.

—No, querida, pero lo hago expresamente ahora.

Y la besó segunda vez.

—¡Sam! — gritó Mr. Pickwick desde la escalera.

—Aquí estoy, señor, — respondió Sam subiendo de cuatro en cuatro las escaleras.

—Has tardado mucho.

—Había detrás de la puerta una cosa que nos impedía abrirla durante este tiempo, señor.

Tal fué el primer capítulo de los amores de Sam.

Que contiene una breve reseña del estado del proceso Bardell contra Pickwick.

Habiendo realizado el principal objeto de su viaje, al descubrir la infamia de Mr. Jingle, Mr. Pickwick resolvió volver inmediatamente á Londres, á fin de saber qué medidas habían tomado contra él Dodson y Fogg. Ejecutando esta resolución con toda la energía de su carácter, subió á la imperial del primer coche que salía de Ipswick al día siguiente de aquellos memorables acontecimientos, y llegó á la metrópoli por la noche, acompañado de sus tres discípulos y de Sam.

Allí nuestros amigos se separaron por algún tiempo; Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se fueron á sus casas para hacer los preparativos del viaje que proyectaban á Dingley-Dell. Mr. Pickwick y Sam se establecieron en un hotel bueno, aunque algo antiguo, llamado *El Buitre*, en la calle Lombard.

Mr. Pickwick había comido y concluido su botella de Oporto, había envuelto en su pañuelo de seda su cabeza y puesto sus pies junto á la chimenea, se había arrellenado en su sillón, cuando Sam entró con un saco de noche.

—Sam, — dijo Pickwick.

—Señor.

—Creo que he dejado muchas cosas en casa de mistress Bardell, calle de Goswell, y será preciso ir á recogerlas antes de partir.

—Muy bien, señor.

—Por de pronto puedo mandarlas á casa de mister Tupman; pero antes de llevarlas allá, será preciso ponerlas en orden. Ve á la calle de Goswell y arregla todo eso.

—¿En seguida, señor?

—En seguida. Y... espera, Sam, — añadió Mr. Pickwick, sacando su bolsa; — es preciso pagar el alquiler; el plazo cumple en navidad, pero lo pagarás todo.

—Muy bien, señor; ¿nada más?

—Nada más.

Sam se dirigió poco á poco á la escalera, como si hubiera esperado alguna cosa más; abrió lentamente la puerta, y cuando ya estaba fuera, Mr. Pickwick gritó:

—¡Sam!

—Señor, — respondió Sam, entrando vivamente y cerrando tras sí.

—No me opongo á que trates de averiguar cómo está personalmente dispuesta respecto á mí mistress Bardell, y si es realmente probable que ese proceso infame y absurdo se lleve hasta el último extremo. Digo que no me opongo á que trates de averiguar esto, si quieres.

Sam hizo un ligero signo de inteligencia, y salió de la habitación: Mr. Pickwick se arregló de nuevo el pañuelo en la cabeza y se preparó á echar un sueño.

Eran cerca de las nueve cuando Sam llegó á la casa de la calle de Gocwell: un par de luces brillaban en la sala, y la sombra de un par de sombreros se distinguía sobre la cortina; mistress Bardell tenía visita.

Sam tocó á la puerta; después de un largo intervalo, durante el cual mistress Bardell se ocupó en encender una luz, se sintió el ruido de unas pequeñas botas, y el joven Bardell se presentó.

—Ola, chico, ¿cómo está tu madre? — le dijo Sam.

—No está mal, ni yo tampoco.

—Bien, me alegro; dile que tengo que hablarla, joven fenómeno.

El joven Bardell puso el candelero sobre el primer escalón, y desapareció.

Los dos sombreros dibujados en las ventanas, eran los de las dos amigas íntimas de mistress Bardell. Acababan de llegar para tomar una pacífica taza de te y una pequeña colación de patatas y queso, y mientras la cena se preparaba, mistres Bardell y sus dos amigas se regalaban con una conversación crítica, concerniente á todos sus recíprocos conocidos. El chico interrumpió esta interesante revista, llevando el mensaje que le había encargado Sam.

—El criado de Mr. Pickwick! — exclamó mistress Bardell palideciendo.

—Bondad divina! — dijo mistress Cluppins.

—Parece increíble! — exclamó mistress Sanders.

Mistress Cluppins era una mujer pequeña, viva y oficiosa; mistress Sanders era una mujer gruesa y pesada: estas dos, con mistress Bardell, formaban la reunión.

Mistress Bardell creyó conveniente agitarse, y como ninguna de las tres amigas sabían si era bueno tener comunicaciones con el criado de mister Pickwick, no siendo por mediación de Dodson y Fogg, las tres se sorprendieron mucho: en tal estado de indecisión, la primera cosa que había que hacer era reñir al chico por haber encontrado á Mr. Weller en la puerta. La tierna madre se puso á regañarle, y él empezó á gritar muy melodiosamente.

—No me aturdas los oídos, miserable criatura, — le dijo mistress Bardell.

—¡No atormentes á tu pobre madre! — gritó mistress Cluppins.

—¡Ya tiene bastante que sufrir! — añadió mistress Sanders con resignación afectuosa.

—¡Ah, sí, qué desgraciada es! ¡pobre cordero! — dijo mistress Cluppins.

Durante estas reflexiones morales, el chico Bardell chillaba con todas sus fuerzas.

—¿Qué hacemos? — preguntó la Bardell á la Cluppins.

—Pienso que debéis recibirle, delante de un testigo, se entiende.

—Dos testigos será más legal, — observó mistress Sanders, que lo mismo que su amiga reventaba de curiosidad.

—Mejor será hacerle venir aquí, — dijo mistress Bardell.

Mistress Cluppins aprobó esta idea, y dijo:

—Entrad, joven, y cerrad la puerta.

Sam cogió la ocasión por los cabellos, y presentándose en la sala, expuso su comisión del modo siguiente:

—Siento mucho molestaros, señora, pero como he venido á Londres con mi amo, y nos vamos en seguida, no podéis impedir esto.

—Efectivamente, el joven no puede impedir las faltas de su amo, — dijo mistress Cluppins, en quien la apariencia de Sam había hecho mucha impresión.

—No, ciertamente, — dijo mistress Sanders, mirando tiernamente al criado y calculando mentalmente la distribución de las patatas cocidas en caso de que fuera preciso convidar á Sam.

—Por consiguiente, — continuó el embajador, — os diré á lo que he venido aquí: primero, para pagar el inquilinato, hélo aquí; segundo, para decir que arregléis todos nuestros bártulos para entregarlos á la persona que vendrá á recogerlos; tercero, para decirnos que pongáis el cartel de alquiler cuando queráis; y nada más.

—A pesar de todo lo que ha pasado, — suspiró mistress Bardell, — diré siempre que bajo todos conceptos, excepto uno, es Mr. Pickwick todo un caballero perfecto; su dinero ha sido siempre tan sólido como el Banco.

Diciendo esto, mistress Bardell aplicó el pañuelo á sus ojos, y salió de la habitación para hacer el recibo.

Sam sabía muy bien que las dos convidadas hablarían; así es que se contentó con mirar alternativamente la hornilla, el queso, la pared y el piso, guardando el más profundo silencio.

—¡Pobre mujer! — exclamó la Cluppins.

—¡Pobre criatura! — exclamó la Sanders.

Sam no dijo nada; comprendió que iban al asunto.
—Realmente no puedo contenerme, — dijo la Cluppins, — cuando pienso en semejante traición; no lo digo por ofenderos joven, pero vuestro amo es un viejo brutal, y siento que no esté aquí para decirselo á él mismo.

—¡Ojalá estuviera! — dijo Sam.

—Es terrible ver como se consume la pobre, y no tiene gusto para nada, excepto cuando sus amigas vienen á consolarla, por caridad; ¡y vuestro amo que es hombre de dinero! no tiene excusa su conducta; ¿por qué no se casa con ella?

—¡Ah! — dijo Sam; — esta es la cuestión.

—¡Oh! si ella tuviera tanto valor como yo... — dijo mistress Cluppins con volubilidad; — de cualquier manera que sea, hay una ley para las mujeres, aunque los hombres quieran esclavizarnos; vuestro amo la pagará y no muy tarde.

—El asunto marcha, — pensó Sam, cuando mistress Bardell entraba con el recibo.

—He aquí el recibo, Mr. Weller, — dijo la amable viuda, — y aquí está la vuelta; espero que tomaréis alguna cosa para calentar el estómago, aunque no fuera sino por la antigua amistad.

Sam aceptó sin vacilar: en seguida mistress Bardell sacó de su armario una botella y un vaso.

—¿Supongo, — dijo mistress Bardell mientras Sam bebía, — que sabréis lo que pasa?

—Un poco, — respondió Sam.

—Es cosa terrible, Mr. Weller, hacer publicar estas cosas; pero no me quedaba otro remedio, y mi procurador Dodson y Fogg, me dice que hemos de ganar con los testigos que presentaremos; si no gano, no sé qué voy á hacer.

La sola idea de que mistress Bardell perdiera su pleito, afectó tan profundamente á mistress Sanders, que se vió obligada á llenar de vino un vaso y beberse-lo, sintiendo, como dijo después, que si no hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu para hacerlo así se hubiera puesto mala.

—¿Cuándo pensáis ganar? — preguntó Sam.

—Por febrero ó marzo, — replicó mistress Bardell.

—¿Cuántos testigos habrá? — dijo mistress Cluppins.

—¡Ah! sí, — dijo mistress Sanders.

—Y si no gana, Dodson y Fogg se pondrán furiosos; porque hacen esto para especular, y á costa suya, — continuó mistress Cluppins.

—¡Ah, sí!

—Pero lo ganará, — añadió mistress Cluppins.

—Lo espero, — dijo mistress Bardell.

—No hay la menor duda, — replicó mistress Sanders.

—¡Pues bien! — dijo Sam levantándose y poniendo el vaso sobre la mesa, — todo lo que puedo deciros es que me alegro.

—¡Gracias, Mr. Weller! — exclamó mistress Bardell con fervor.

—Y en cuanto á ese Dodson y Fogg, que hace esas cosas por especulación, — continuó Sam, — y en cuanto á esos generosos individuos, que se ocupan en buscar pequeñas disputas entre los vecinos para convertirlas en proceso, lo que puedo deciros es que les deseo la recompensa que merecen y que tendrán.

—¡Ah! — exclamó mistress Bardell enternecida; — yo les deseo la recompensa que todos los corazones generosos y compasivos están dispuestos á darles.

—¡Amen! — respondió Sam; — buenas noches, señora.

Con gran contentamiento de mistress Sanders, la dueña de la casa permitió partir á Sam sin hacer ninguna alusión á las patatas y al queso; y poco después, con la cooperación juvenil que era de esperar en el chico, las tres damas hicieron amplia justicia á aquellos delicados manjares, que desaparecieron ante sus valerosos esfuerzos.

Sam, al llegar á la fonda de *El Buitre*, contó á su amo los indicios que había recogido de las intrigas de Dodson y Fogg, y su relato fué completamente confirmado al día siguiente por mister Pecker, con quien tuvo una entrevista nuestro filósofo. Preparóse para su visita á Dingley-Dell, con la agradable perspectiva de ser citado públicamente dos ó tres meses más tarde ante la primera instancia por violación de promesa de matrimonio; la pleiteante tenía todas las ventajas inherentes á la acción, á causa de la excesiva habilidad de Dodson y Fogg.

CAPITULO XXVII

Samuel Weller va en peregrinación á Dorking y ve á su madrastra

Como quedaba un intervalo de dos días antes de la época fijada para la partida de los pickwickianos á Din-